

## **Perspectiva de la relación literatura-niño: derivaciones en la investigación y creación de literatura infantil**

**Nélida M. Donalizio  
Ana Levstein de Schapira\***

### **Mediador adulto. Características de la mediación según el ámbito institucional en que ésta se produce**

El niño, desde que nace, tiene con la literatura una relación espontánea, no mediada por la palabra escrita. La palabra es sonido cargado de resonancias afectivas, de magia, de ensueño. Sería difícil encontrar un niño que alguna vez no haya pedido a un mayor que le narre un cuento. El apetito de ficciones desde la edad más temprana es un hecho incuestionable.

En esta modalidad de recepción oral de la literatura, el niño establece una estrecha asociación afectiva y ficcional entre el material narrado y el eventual mediador, que es fundamental tener en cuenta cuando se trata de promover lectores desde los primeros contactos –no aún con el libro pero sí con la literatura–. Ella representa para el preescolar un valor positivo, aceptado y reclamado, integrado a sus fantasías y a sus juegos.

La literatura para niños preescolares se define así, más que por sus contenidos o valores de estilo –o a la par de éstos–, por la presencia de un sujeto mediador, cuya voz es modulada con los sentimientos que intenta suscitar y su propia vivencia de lo narrado.

Valiosas investigaciones sobre promoción de la lectura, aconsejan leer historias al niño no lector (además de narrar o contar), porque de esta manera él establece la vinculación entre el mundo de ficciones, la lectura y el libro.

Otro momento clave en el desarrollo de la relación literatura-niño tiene lugar en el jardín de infantes, que por lo general continúa la modalidad iniciada en el hogar: integración de la lectura o narración al juego, en un marco equilibrado de contención y libertad.

Pero es en la escuela primaria donde la gradualidad se quiebra. El mediador principal, hasta el momento (papá, mamá, abuelo, maestra jardinera, etc.) da lugar al maestro. La mediación literatura-niño es ahora menos personalizada e íntima, más distante y repartida (maestro-grupo escolar). Además la escolarización presupone un tránsito desde una libertad relativa (juego y predominio del pensamiento intuitivo-simbólico) hacia una rutina de mayores restricciones y disciplina (con predominio del pensamiento operativo).

Este cambio trae aparejado el desvío de la literatura para niños desde el puro entretenimiento, hacia otros objetivos que variarán según los postulados pedagógicos a que responde la institución escolar. Muchas veces, el

---

\* Las autoras son licenciadas en Letras, egresadas de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, y en la actualidad son becarias del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas, en el área de literatura infantil.

imperativo de conseguir en cada niño los logros estandarizados por las currículas oficiales, trae de la mano la subordinación de la literatura a los objetivos escolares: por ejemplo, los niños aprenden a leer en libritos “infantiles” desprovistos de interés, pero que contemplan palabras de pocas sílabas y estructuras gramaticales simples. Así es también, como desde el punto de vista de los escritores para niños, la literatura infantil preescolar y escolar inicial, suele escribirse atendiendo a las posibilidades de lectoescritura del niño –aún precarias–, y no al dominio, de la comprensión y la expresión – imprevisibles en su riqueza–.

Son muy pocas, todavía, las escuelas en que la literatura infantil se ha incorporado como materia con objetivos y metodologías autónomas. Pero, no obstante, y aún en el marco de pedagogías modernas la literatura sigue siendo “un medio para”, donde el placer de leer o escuchar literatura se supedita en el trabajo-juego del aula taller a consignas pedagógicas que impulsan el desarrollo de la creatividad. La escuela sigue siendo un ámbito en el que prevalecen los fines a los medios; pero como lo ha destacado Lowenfeld, el proceso debiera ser más valorado que el producto, ya que es en él donde se opera el crecimiento y el aprendizaje. Esto, transferido a la implementación de la literatura infantil en el aula, presupone matizar el quehacer del taller literario con la lectura o narración sin más, dando cabida al proceso privado e íntimo de la lectura.

Como se advierte, el paso del ámbito familiar al institucional, presupone cambios en las características de la recepción y de la mediación, condicionado por ese aspecto teleológico que prevalece en la escolarización.

Es de desear que el hogar continúe la labor mediadora de la literatura en los términos planteados anteriormente: una equilibrada combinación entre lo normativo (principalmente escuela) y lo lúdico (principalmente hogar) durante los primeros acercamientos del niño con la literatura, ayuda a promover y consolidar hábitos lectores.

A medida que el niño adquiere la técnica de la lectoescritura está en condiciones de independizarse del mediador adulto. Pero un tercer elemento, a la par del hogar y la escuela, cobra ahora mayor fuerza y presencia en la relación libro-niño: es el libro en tanto objeto material, producto de la industria y la cultura de masas. El apetito lector del niño en esta etapa, necesita todavía de la orientación del mediador que lo ayudará a elegir, contrarrestando la confusión y soledad propia de la cultura de masas, de la cual no está excluido el libro infantil.

No escapa al observador atento que el libro, objeto de consumo, de evasión y de placer, puede ser recibido por el niño, con los mismos vicios con que se sirve de otros medios masivos. La industria del libro infantil por su parte, apela muchas veces al facilismo de los recursos visuales o a la pobreza y sensacionalismo de los contenidos, por razones de mercado y producción. Esto hace evidente que la incorporación del libro, que tácitamente viene manteniendo una posición “aristocrática” entre los medios de masas, puede producirse para el niño, como para el adulto, en un mareo de salud o alienación. El problema es arduo y el desafío para el mediador adulto es

nutrirse “críticamente” de crítica especializada y honesta, para disminuir su propia confusión y orientar al niño en esa “libertad dirigida”, a seleccionar su material de lectura.

Sigue siendo el mediador adulto, también en esta etapa, quien puede, además de la función selectiva, recuperar el libro en un ámbito de afectos y presencias, impregnando de sentido la lectura.

### **La literatura escrita para niños y el problema estético. Perspectivas del gusto adulto e infantil**

De las definiciones que dio el crítico sueco Klingberg sobre el concepto de literatura juvenil, tres son especialmente importantes para aproximarse al difícil problema de la estética de la literatura infantil. Dice Klingberg: “Ese concepto puede designar los textos que se consideran convenientes como lectura infantil y juvenil. Puede definir aquella literatura especialmente escrita para niños y jóvenes. Puede asimismo aludir a aquellos textos de la literatura para los adultos que han hecho suyos los niños”.

A partir de estas definiciones podemos poner en tela de juicio que existan dos literaturas (una para los niños y otra para los adultos). Creemos que la literatura (de la que tampoco existe una definición precisa) es una sola.

El verdadero desdoblamiento parece estar –según creemos ver–, en las perspectivas estética y teleológica del escritor y mediador del libro infantil por un lado, y la del niño por el otro. El primero intenta captar el gusto del niño, con las limitaciones de rigor que implica su fuerte adultocentrismo fortalecido por la infidelidad natural de la propia infancia (rescatada a medias entre recuerdos, lecturas, sueños y en la observación de otros niños). Por eso el escritor, como el mediador que selecciona literatura infantil, debe realizar un gran esfuerzo de descentración, para acaparar la dimensión de ese “otro” que es el niño. El adulto, desde su ángulo de visión, decide lo que puede ser conveniente para el niño. El segundo, el niño, recibe todo tipo de material de lectura le fuera o no destinado especialmente, que por su sensibilidad, experiencia humana y avidez de conocimiento del hombre, logra leer y disfrutar. Cuenta así con una perspectiva y relación estética propia, ya que su lectura está pautaada por sus necesidades e intereses y no por la dirección que el adulto quiere dar a su socialización.

Una rápida ojeada a esa literatura infantil por apropiación a la que Marc Soriano llama vistosamente “literatura robada” (a los adultos) como así también a esa literatura que los adultos roban a los niños (y pensamos por ejemplo en la obra de Mikael Ende) nos lleva a pensar que la literatura escrita para niños, tan coaccionada por criterios psicológicos a veces, didácticos otras, podría tratarse de una necesidad de nuestro tiempo –muy válida–, pero cuya motivación siempre adulta, responde más a intereses de otras ciencias, como la psicología y la pedagogía que a aspectos específicos de una estética literaria. En este sentido, la consigna “literatura infantil es ante todo literatura”, liberó en su momento de un servilismo a la literatura infantil respecto de la pedagogía. Pero aquella ingresó casi imperceptiblemente a un nuevo servilismo, esta vez hacia la psicología: la absorción de temas

conflictivos (divorcio, muerte, envejecimiento, sexualidad) que lo son más para el adulto que para el niño, con tales y tales precauciones, el resolver de tal o cual forma el final de un cuento para que no resulte traumatizante o violento, como el retraimiento en cuanto a innovaciones formales, por temor a que resulten de difícil comprensión para el niño, fueron configurando una literatura insulsa, producto de ese sistema de coacciones que asfixia la estética en aras de los contenidos.

Recordamos aquí, por su vigencia en este planteo polémico, la concepción estética que tenía Croce acerca del arte para niños: "el arte para niños no será jamás verdadero arte"... "basta la simple referencia al público infantil como dato fijo que hay que tener rigurosamente en cuenta para turbar el trabajo artístico e introducir allí algo que es superfluo o defectible y que no responde ya a la libertad y a la necesidad interna de la visión" (citado por Cresta de Leguizamón, 1980). La concepción de literatura infantil subyacente en este fragmento, sería posteriormente corregida por Croce en aras de una síntesis más conciliadora.

No negamos de plano que deban existir ciertas normativas para el escritor de literatura infantil, pero siempre y cuando los mismos no conduzcan a la creación de una retórica de clisés. El desafío de la literatura que se escribe para niños, está precisamente en existir, pero integrando toda la requisitoria de valores de contenido (pedagógicos, éticos, ideológicos) al valor axial: el estético. De lo contrario, la literatura infantil seguirá siendo tildada de "género menor" y nadie podrá reclamar para ella el lugar de privilegio de la literatura a secas.

La estética de la literatura escrita para niños está rezagada respecto de los valores estéticos instituidos por las **poéticas** del momento histórico para la literatura. Es notable su entronque con valores artísticos convencionales que suelen resultar chocantes al gusto del adulto, fruidor de la innovación formal. Ciertamente, esta afirmación tiene los límites de una sociedad y una cultura determinadas, ya que la vivencia de lo estético es una convención cultural, condicionada históricamente. Esto es válido para niños y adultos.

La reflexión que queremos aportar en este punto es la de no perder de vista que el niño es nuestro contemporáneo y enfatizar la dimensión sincrónica como lo hizo Rousseau en su momento, brindándole elementos para una elección de literatura más libre y más propia. Si bien en la socialización del niño está presente el aspecto teleológico, ya que la infancia no deja de ser al fin de cuentas un tránsito "hacia" y la dirección de ese tránsito "hacia" está en manos del adulto, no retrocedamos bajo modalidades más sutiles a excesos de perspectiva adultocéntrica, absolutizando criterios para la creación de literatura infantil, como para su selección o su implementación normativa o recreativa.

Nuevamente es en este sentido el mediador adulto quien puede transformar una incoincidencia inicial de perspectivas estéticas, en una integración funcional de las mismas. ¿Cómo? Observando y respetando la reacción de los niños durante la lectura o narración (atención, suspenso, etc.), alimentando sus intervenciones en cuanto a críticas, agregados, sugerencias.

Esta conexión afectiva con el mediador contribuye a establecer una relación estética de empatía con la literatura. Una redimensión del concepto de lo estético en la relación literatura-niño conduciría a la constatación de una prevalencia del componente afectivo e intuitivo (del material y del mediador) sobre el racional y lógico. Así también a un privilegio de la anécdota y la acción, sobre lo estilístico-formal.

El aspecto teleológico aparecería entonces como nudo conflictivo de la estética del libro infantil, ya que pese al estatuto específico de la infancia desde Rousseau en adelante, la literatura para niños al ser escrita por adultos, denota por un lado la intención de responder a las necesidades de la infancia captadas por el adulto, pero por otro a un modelo de finalidad dado por el imperativo de socializar al niño según los valores de un ideal humano, siempre adulto. La mira sigue estando en la adultez como meta y esa finalidad se proyecta no sólo en la literatura, sino también en la fisonomía de todo el proceso educativo.

Parecería entonces que la literatura para niños desvirtuase una estética generalizada en la sociedad contemporánea, derivada de la filosofía kantiana, según la cual "el arte es una finalidad sin fin".

### **Literatura infantil: arte y objeto de investigación científica**

Ese sistema de coacciones tácito o explícito para el escritor de literatura infantil, proveniente a su vez del factor teleológico, produce un material que definimos como "discurso híbrido". Corroboramos esta definición en la complejidad del fenómeno estético de esta literatura, en su parentesco eventual con las categorías estéticas de la literatura para el adulto y en el frecuente desacuerdo de criterios de validez desde las diferentes áreas que el discurso literario para niños involucra (lo informativo, lo psicológico, lo pedagógico). La funcionalidad o uso –según el ámbito o finalidad para los cuales se lee– prevalece sobre los elementos estructurales del mismo.

Se nos podrá decir que la literatura para adultos es también un "discurso híbrido", pero en ella los demás discursos (filosófico, psicológico) se incorporan con mayor grado de homogeneidad en cuanto al elemento estético. Esto hace que la frase defensiva "literatura para adultos es ante todo literatura", resulte impensable y obvia.

Por eso, proyectando las observaciones empíricas a un plano de reflexión teórica, creemos que el único camino para que la literatura para niños no se aprisione entre sus propios prejuicios o actitudes defensivas es llevar la polémica a un abordaje interdisciplinario. La literatura infantil no está aún en condiciones de autodefinirse, según sus propios presupuestos y requiere para su explicación el aporte de otras ciencias humanas. Probablemente a esta primera instancia necesaria de la interdisciplina, siga un enfoque transdisciplinario a través del cual se logre un esclarecimiento de la literatura infantil en cuanto a objeto de investigación científica.

Esta densa problemática fue lúcidamente anticipada por Enzo Petrini, cuando definió al libro juvenil como "responsabilidad múltiple: de orden

estético en primer lugar, pero también de orden moral, intelectual y práctico o técnico, si se prefiere. Se trata de un compromiso, de disponibilidad que hay que respetar, una vasta temática que iluminar, descubrir, y, donde sea preciso, renovar”.

Además esta interdisciplina brindará respuestas a problemas tales como ¿qué hace que un mismo texto sea elogiado por un escritor, rechazado por un psicólogo, puesto en duda por un pedagogo? ¿Qué responde cada ciencia? ¿Qué les gusta a los niños? Esta es la pregunta que el crítico adulto no debe subestimar, ya que tal vez el origen de tanto equívoco radique en la necesidad de evaluar y dictaminar con una perspectiva de infancia “prestada”, siempre inapresable y falseada por el adultocentrismo. El problema de la distancia y la perspectiva propio de la estética es en este terreno un esfuerzo doble, porque presupone como ya dijimos, una permanente descentración.

Por otro lado, hemos visto cómo el sistema de coacciones que convierte a la literatura infantil en vehículo de finalidades extraliterarias, abre una brecha entre esta literatura y la que lee el adulto, cuya única obligación es responder a la estética que una sociedad determinada ha aceptado como valor.

Tal vez un punto de equilibrio en el análisis de esta temática, podría hallarse profundizando la literatura infantil “robada” –a la que ya nos referimos– y sus puntos de encuentro con la literatura escrita para niños. Este sería, a nuestro juicio, el corpus literario a estudiar para discriminar las intenciones del escritor adulto, de los intereses y necesidades reales del lector niño.

Este ámbito de la investigación aportaría una síntesis en que gane la literatura –arte y ciencia humana–, la lectura, y por lo tanto el hombre –niño y adulto–.

## Referencias bibliográficas

- Baumgartner, Alfred C. y otros. **El libro juvenil alemán hoy**. R.F.A., Ed. por Alfred C. Baumgartner, 1974.
- Cresta de Leguizamón, María Luisa. **El niño, la literatura infantil y los medios de comunicación masivos**. Buenos Aires: Plus Ultra, 1980.
- Jaen de Castillo, Aura. La literatura infantil como orientación interdisciplinaria. En: Actas del Primer Congreso Argentino de Lectura, organizado por la Asociación Argentina de Lectura, Buenos Aires, 1985.
- Lowenfeld, Viktor. **El niño y su arte**. Buenos Aires: Kapelusz, 1958.
- Petrini, Enzo. **Estudio crítico de la literatura infantil**. Madrid: Ed. Rialp SA, 1963.
- Piaget, Jean e Inhelder, Barbel. **Psicología del niño**. Madrid: Ed. Morata, SA, 12<sup>a</sup> ed., 1984.
- Revista Para Para**, dedicada a la promoción de la lectura, N° 9, junio, 1984.
- Wallon, Henri. **Psicología del niño**. Buenos Aires: Ed. Psique, 1976.